

evolución del pensamiento estudiado. En la primera se observa la impronta hegeliana con el uso de la tríada dialéctica: el materialismo dialéctico. La segunda quiere ser una filosofía de la Historia: materialismo histórico. Últimamente trató Marx de demostrar por la economía política las tesis antes establecidas sobre la dialéctica de la Historia. Las conclusiones de Ricardo fueron aprovechadas entonces. Este último intento fracasó, desde el punto de vista científico, en opinión de Jarlot. Por consiguiente, dirige ahora sus críticas hacia un tema de los primeros escritos: «Manuscrito de 1844» e «Ideología alemana».

Marx intentó corregir desde su punto de vista materialista la tríada hegeliana expuesta en la contraposición «del dueño y el esclavo». Para Marx la enajenación o esclavitud del trabajo no es la consecuencia de una «lucha por el prestigio», sino que parte de la división del trabajo en intelectual y material, o lo que es lo mismo para él, de la aparición de la propiedad privada. Anteriormente el hombre es un ser natural, genérico y social. Por la propiedad privada (aquí señala un paralelo con Rousseau) aparece el segundo momento dialéctico, la negación. Esta se manifiesta en la enajenación del hombre. A lo cualitativo, que está en él, sustituye lo cuantitativo, fuera de él. El trabajo enajenado —dice Marx— es el hombre enajenado de sí mismo, el capital es el hombre completamente enajenado de sí mismo. El tercer momento dialéctico no puede surgir más que por la negación de la negación, o sea, la supresión de la propiedad privada. Desaparecida esta, cesa todo extrañamiento humano, el hombre es devuelto a su existencia humana, es decir, social.

Jarlot señala la inconsecuencia de Marx con el método dialéctico, pues este tercer momento en su pensamiento marca el fin de toda enajenación y de toda posterior oposición o lucha de clases. Ahora bien, al cesar el movimiento dialéctico lo que adviene no es una sociedad plenamente capitalista, sino en expresión del crítico «el fin de la Historia». Y añade, al negar toda oposición en la sociedad comunista, construye Marx propiamente una escatología.

Permítasenos sugerir, por nuestra parte, que a esta brillante maniobra polémica pudiera haberse añadido alguna aportación propia.—R. CASTEJÓN.

ABEL (Theodore): *The Present Status of Social Theory*, en «American Sociological Review» vol. 17, núm. 2, abril 1952 (págs. 156-167).

Bajo el nombre de «teoría» el autor distingue tres modos de formación conceptual. Uno es la construcción de tipos o teoremas destinados a facilitar la organización de las investigaciones empíricas particulares y el análisis de sus resultados. Otro es la formulación de hipótesis, que trazan en términos generales las uniformidades observadas en el curso de investigaciones parciales. Por último está la «teoría social» propia, que cumple una misión mucho más general. Mientras la elaboración de teoremas e hipótesis hace necesariamente referencia a situaciones sociales concretas, la teoría social trata con los universales: «supuestos e interpretaciones básicos», «el proceso social», «la sociedad», «el hombre». Este tipo de teoría es hoy inusitado e impopular dentro de una disciplina exclusivamente interesada en investigaciones empíricas específicas, y en la que el aparato conceptual se encubre bajo la librea uniforme de «instrumento heurístico», de corto alcance. Y el caso es que mientras las rutas de nuestra investigación están determinadas en gran parte por las ideas básicas heredadas de Comte, Spencer, Durkheim o Simmel, prestamos escasísimo interés al tipo de actividad teórica que ocupó a tales hombres y no nos preocupamos de continuarla. Aunque reconozcamos nuestra deuda no estamos dispuestos a continuar el trabajo que ellos emprendieron en su mismo nivel teórico. Este defecto es debido en gran parte al sistema de enseñanza. La «teoría social» debiera cultivarse como uno de los más importantes aspectos de la sociología, en estrecha conexión con los demás aspectos. Lo que no significa que cualquier principiante deba lanzarse a ella. No puede esperarse que cada generación produzca más que un limitado número de espíritus creadores que posean el don especial requerido para elaborar teoría general. Pero cada generación debe procurar oportunidades para este trabajo creador, lo cual no ocurre hoy. Pues la especialización rápida y la demanda de personal adiestrado técnicamente, por un lado, aleja a los espíritus creadores y brillantes, y por otro frustra a los talentos, que no tienen tiempo ni interés en emplear su capa-

«ciudad para desarrollar teorías generales. La teoría social, como la cosmología, ejerce siempre atracción sobre el principiante. Su primer impulso le lleva siempre a las cuestiones básicas y a preguntar por los problemas fundamentales de la vida social. Pero tal ímpetu inicial muere rápidamente si, como es el caso de hoy, los *curriculae* académicos y los puntos de vista de los profesores no le proveen del suficiente interés y la formación necesaria para afrontar tales problemas generales. El estudioso desdeña los maestros de la teoría social y el intento de emularlos cuando descubre que no pueden ayudarle a conseguir situarse profesionalmente. Y, sin embargo, aun los más viejos maestros como Comte y Spencer pueden leerse con provecho, pues son espíritus creadores ricos en sugerencias para ulterior elaboración. Si busca uno en sus páginas respuesta a los problemas cotidianos de investigación y no hallándola los abandona como inútiles, desaprovecha la lección que su originalidad puede enseñarnos. No respuestas concretas, sino estímulos para el pensamiento creador es lo que nuestro sistema de educación debiera enseñar a buscar a los jóvenes sociólogos. Cuando se devuelve a la teoría social el lugar que le corresponde resultará no sólo un renovado aprecio de los maestros, sino que se producirán nuevas obras maestras, que servirán con mayor exactitud y penetración la necesidad intelectual de interpretar las conclusiones básicas referentes a la sociedad.

En la discusión de este tema en la American Sociological Society de Chicago (septiembre de 1951), Kenneth E. Bock y Stephen W. Reed, difiriendo de Abel en algunos aspectos concretos, concuerdan en la urgente necesidad de una labor sintética que impida a los sociólogos pulverizarse en la especialización. F. MURILLO.

SETON-WATSON (Hugh): *Twentieth Century Revolutions*, en «The Political Quarterly», vol. XXII, núm. 3, julio-septiembre 1951 (págs. 251-265).

El artículo constituye un intento de explicar los movimientos revolucionarios ocurridos durante el siglo xx, teniendo en cuenta al lado de los factores puramente económicos otros de naturaleza política, y entre ellos, singular-

mente, el origen y la ideología de los líderes revolucionarios y la estructura política dentro de la cual se desarrolla el movimiento revolucionario.

Particularmente interesante es su análisis de las deficiencias de la estructura política en determinados países, según la cual el campesino, empobrecido por una tierra deficientemente explotada y antieconómicamente mantenida por la sobrevivencia feudal de grandes latifundios, se traslada a la ciudad, y al negarle muchas veces la realidad incluso el ingreso en el proletariado, por la baja industrialización del país, busca su fortuna en los empleos públicos, inflando intolerablemente la burocracia y creando un *Civil Service* enorme y pésimamente remunerado; la deficiente remuneración genera la corrupción, y ésta viene a sumarse «a una tradición de arrogancia y de brutalidad». En este tipo de sociedad lo normal hasta tiempos relativamente recientes ha sido la tranquilidad, porque «las masas eran demasiado inertes y los burócratas demasiado poderosos»; el giro radical se ha producido cuando la *intelligentsia* se ha decidido a asumir la jefatura de las masas desheredadas; ello se halla en la raíz de la revolución soviética y, combinado con ingredientes nacionalistas, raciales y, por supuesto, económicos, puede encontrarse en los más de los movimientos revolucionarios triunfantes o abortados del siglo xx.—M. ALONSO OLEA.

DROULERS, S. I. (Paul): *Débuts du Catholicisme Social*, en «Gregorianum», vol. XXXIII, 3, 1952 (págs. 451-454).

En una sustanciosa brevedad nos informa sobre el estado de la investigación acerca de los inicios del llamado catolicismo social en Francia, refiriéndose principalmente a la tesis doctoral de J. B. Duroselle, que abarca el período 1822-1870, menos estudiado que el posterior, del que son bien conocidas figuras como Albert de Mun y La Tour du Pin. La investigación de Duroselle es juzgada muy favorablemente por Droulers. Empieza aquél por delimitar lo que debe entenderse por catolicismo social, usando este término en sentido restringido para designar el movimiento intelectual y práctico que tomando conciencia del «problema obrero» se esforzó en remediarlo dentro de los principios católicos.